

I Devoción a la Trinidad

Ángel Cordovilla Pérez

[Au 28]: «Tenía mucha devoción a la santísima Trinidad...
toda su vida le ha quedado esta impresión».

RESUMEN

La devoción trinitaria de Ignacio se alimenta de la oración a través de los populares Libros de Horas y de la celebración de la eucaristía. Lejos de ser una devoción puramente heredada y externa a su espiritualidad, le dejó una impresión fundamental en toda su vida, convirtiéndose así en el corazón de su experiencia mística, de su camino apostólico y del ejercicio del discernimiento.

No hay una esencia de Dios distinta de su realidad personal, la esencia o el ser que Ignacio contempla en la oración es el ser de la santísima Trinidad.

Si el Padre es fundamentalmente el destinatario de la oración, a quien habitualmente se dirige Ignacio, siguiendo la estructura fundamental de la oración eucarística, el Hijo es el *lugar* de esa oración.

PALABRAS CLAVE. Libro de Horas, Misal, Diario, Oración trinitaria.

1. La devoción a la Trinidad en el Libro de Horas

La devoción de Ignacio a la Trinidad es un dato muy conocido y atestigüado. En el texto de la *Autobiografía* se explicita que Ignacio oraba a cada una de las personas distintamente, y algunas veces oraba a la Trinidad [Au 28]¹. En el *Diario* podemos comprobar que esta práctica era habitual en la oración y en la vida cotidiana de Ignacio. Preci-

¹ P. ARRUIPE, «Inspiración trinitaria del carisma ignaciano», en D. MOLLÁ LLÁCER (ed.), *Pedro Arrupe, carisma de Ignacio*, Mensajero-Sal Terrae-U. P. Comillas, Bilbao-Santander-Madrid 2015, 27-96; S. THIÓ DE POL, «“Tenía mucha devoción a la Santísima Trinidad” [Au 28]»: *Manresa* 72 (2000) 333-348; N. MARTÍNEZ GAYOL, *Gloria de Dios en Ignacio de Loyola*, Mensajero-Sal Terrae, Bilbao-Santander 2005, 105-109.

samente la imagen de las tres teclas donde Ignacio ve una representación de la Trinidad quiere subrayar la facilidad que él tenía de pasar de la vida cotidiana a la contemplación del Dios trinitario ya que su revelación le había dejado en su vida una profunda impresión². ¿De dónde le venía a Ignacio esta devoción? Podemos decir que hay un elemento heredado, es decir, recibido de la tradición y otro creativo, nacido de su propia y específica experiencia espiritual³. La imagen tradicional le viene de la devoción popular (Libros de Horas) y la oración litúrgica (Misal). La personal de una vida vivida con radical intensidad ante la presencia de Dios Padre, queriendo discernir su voluntad, a la luz del Espíritu, una vez que el Padre le había puesto con su Hijo [Au 96]⁴.

Las oraciones a la Trinidad y a cada una de las personas divinas se encuentran en los libros de Horas popularizados al final de la Edad Media para el uso personal de los laicos que Ignacio también utilizó. Hasta ahora, según las investigaciones de Pedro Leturia, no sabíamos exactamente cuál era el que usó Ignacio. Sin embargo, en los últimos años se han ido descubriendo algunos libros devocionales que nos pueden acercar mucho al que con más probabilidad estuvo en sus manos como guía para su oración⁵. Así, Francisco Ramírez afirma «que es probable que se trate de las “Horas de la Beata Virgen María”, un tipo de libro de devoción extremadamente popular a finales del siglo XV y durante la primera mitad del XVI»⁶. Más en concreto el estudioso jesuita se inclina por el Libro de Horas de Simón Vostre editado en París en 1495 y 1499 impreso en español y que actualmente se puede consultar en la Biblioteca Nacional Francesa⁷.

Las referencias u oraciones a la Trinidad que tenemos en este libro y que probablemente han ayudado a construir la devoción de Ignacio a la Trini-

² Probablemente se trate de un clavecín que se encontraba en el coro de la Iglesia de Santo Domingo en Manresa. No obstante, más que centrarse en una única imagen la *Autobiografía* se refiere a las «muchas comparaciones y muy diversas» que Ignacio usaba para representarse y hablar de la Trinidad.

³ A. CORDOVILLA, «“Al hablar al Padre, mi amor se extendía a toda la Trinidad” [De 63]. Rasgos del Dios de Ignacio», en G. URIBARRI BILBAO (ed.), *Dogmática ignaciana. «Buscar y hallar la voluntad divina» [Ej 1]*, Mensajero-Sal Terrae-U.P. Comillas, Bilbao-Santander-Madrid 2018, 73-96.

⁴ A. CORDOVILLA, «La oración trinitaria de Ignacio de Loyola según el *Diario espiritual*», en J. GARCÍA DE CASTRO (ed.), *La oración ignaciana*, Mensajero-Sal Terrae-U.P. Comillas, Bilbao-Santander-Madrid 2022 (en prensa).

⁵ P. LETURIA, «Libros de Horas, Anima Christi y Ejercicios Espirituales de San Ignacio», en *Estudios Ignacianos*, IHSI, Roma 1957, 99-148, esp. 118-133.

⁶ F. RAMÍREZ, *El evangelio según San Ignacio*, Mensajero-Sal Terrae-U.P. Comillas, Bilbao-Santander-Madrid 2020, 162-179.

⁷ F. RAMÍREZ, *El evangelio según San Ignacio*, 177: «Pensando en Ignacio en Manresa, si buscamos un Libro de Horas impreso totalmente en castellano, he de proponer como la edición más probable la de Simón Vostre en París».

dad las encontramos al final. En primer lugar, tenemos una profesión de fe bastante extensa en donde se confiesa la unidad en la Trinidad y la Trinidad en la unidad, siguiendo la típica expresión del Símbolo *Quiquaque*, como base y fundamento de la salvación:

«Cualquier que quiere ser salvo ante todas cosas le es menester que tenga la fe católica. La cual si cada uno no la guardare entera y no corrompida sin duda perecerá para siempre. Y la fe católica es aquesta: que honremos un dios en trinidad y la trinidad en unidad. No confundientes las personas: ni apartates la substancia. En verdad otra es la persona del padre; otra la del hijo; otra la del espíritu santo. Mas la divinidad del padre y del hijo y del espíritu santo es una...».

Seguidamente, después de haber confesado la fe trinitaria, unas páginas más adelante encontramos las oraciones dirigidas a cada una de las personas divinas: al Padre, al Hijo y al Espíritu. La oración al Padre expresa fundamentalmente la trascendencia de Dios, origen y fuente de las personas divinas que se ha revelado como creador de todas las cosas. Ante él se realiza una oración de alabanza, bendición y acción de gracias, confiando en su infinita y gran misericordia. La imagen que acompaña la oración es de un Dios Padre joven, que bendice con una mano y con la otra sostiene el mundo como creador todopoderoso:

«Padre de los cielos, dios amerceate de nos. Oración. Muy alto señor y santísimo padre todopoderoso dios eternal que inefablemente engendraste tu muy precioso hijo igual y eterno consustancial a ti juntamente con el cual y con el espíritu santo de ti padre glorioso y de tu hijo precioso procediente el cielo y la tierra a las cosas que en ellos son así visibles como invisibles creaste. A ti pues señor hago gracias. A ti te adoro. A ti alabo y bendigo. A ti magnifico rey vengo misericordiosamente a mi tu siervo pecador y no me desprecies que soy obra de tus manos mas librame, sálvame, y guárdame por el tu nombre santo. Tu que bives y reynas con el hijo y el espíritu santo en trinidad perfecta un solo dios verdadero por todos los siglos de los siglos».

La oración al Hijo pone de relieve su relación con el Padre en su plena filiación divina y su misión redentora en el mundo. La imagen que acompaña la oración es precisamente la de Cristo como *Ecce homo*:

«Hijo de dios y redentor del mundo ave merced de nos. Oración. Señor Jesús Cristo hijo de dios bivo que eres verdadero y todopoderoso dios esplendor y imagen del padre y vida eterna; al cual con el eterno padre y el espíritu santo es y igual honor y una misma gloria y majestad eternal y una substancia y natura. A ty gracias fago, a ty alabo y adoro; a ty señor bendigo y magnifico y ruego te no me dejes perder; mas me ayuda por el santo nombre tuyo que bives y reynas con el padre. rc».

*El Dios trinitario
de Ignacio es el Dios
personal que es
Padre, Hijo y Espíritu
al que nos
podemos dirigir.*

La tercera oración se dirige al Espíritu Santo poniendo de relieve su plena divinidad afirmando la consustancialidad con el Padre y el Hijo. Hace referencia a la presencia del Espíritu en el bautismo de Jesús y en el descenso a los discípulos en forma de lenguas de fuego. Finalmente subraya su acción iluminadora en el corazón del creyente. La imagen que acompaña a la oración es la escena de Pentecostés con María en el centro del grupo de apóstoles que reciben el don de lo alto:

«Espíritu santo dios amercedate de nos. Oración. O Santo espíritu dios que eres igualmente eternal al padre y hijo y no menos consustancial y poderoso y dellos infablemente procedes; tu que ello mismo sobre nuestro redentor en figura de paloma te mostraste y sobre sus santos discípulos en forma de lenguas de fuego descendiste; a ti fago gracias, a ti alabo; a ti bendigo y magnifico; eche de mi te ruego todas tinieblas de maldad y acaba en mi y enciende el fuego de tu amor y no menos de tu gran misericordia. tu que bives y reynas con el padre y con el hijo un solo dios por todos los siglos de los siglos. Amén».

¿Qué elementos de estas oraciones impregnaron de una forma más significativa el corazón de Ignacio y su devoción a la Trinidad? La primera y fundamental es la conciencia de que podemos relacionarnos con Dios a través de la oración. Él no es un misterio difuso, una energía ciega, un motor inmóvil, es el Dios personal que es Padre, Hijo y Espíritu al que nos podemos dirigir, reconociendo su ser en adoración y agradecimiento e invocando su misericordia para que realice de nuevo la obra de la salvación. Las afirmaciones dogmáticas más especulativas sobre el ser de Dios son aprendidas y repetidas a través de la oración y la súplica, uniendo inseparablemente lo que es Dios en sí y lo que es Dios para nosotros. El misterio de la unidad divina, así como el de su trinidad son inseparables de la experiencia de la salvación. El Dios que se comunica manifestándose como Trinidad y se entrega en el don de la creación y de la redención, a su vez da el don de la llamada y la luz del discernimiento para que sea comunicado a todas las criaturas participando en la misión del Hijo [Au 29-30]. Esta será precisamente la clave para entender después como en el *Diario Espiritual* el misterio trinitario de Dios, la experiencia mística de Ignacio –tejida desde la oración diaria y la eucaristía– y el discernimiento sobre la misión estén estrechamente relacionados.

2. *Diario espiritual: oración eucarística y trinitaria*

En la *Autobiografía* no se explicita mucho más esta devoción de Ignacio a la Trinidad aprendida en la tradición litúrgica y en la religiosidad popular. Pero sí se afirma que “toda su vida le ha quedado esta impresión” [Au 28]. Esto lo podemos corroborar en el *Diario Espiritual*. Aquí es el lugar donde Ignacio nos ha dejado una huella más significativa de su manera de orar y precisamente de esta devoción a la Trinidad⁸. Si ella se origina en el Íñigo converso a través de la oración de las Horas, esta se verá fortalecida y agrandada por la celebración de la eucaristía. La devoción y oración de Ignacio es trinitaria siguiendo la estructura y el dinamismo fundamental de la plegaria eucarística que se dirige *al Padre por Cristo en el Espíritu*. Ella es trinitaria por su contenido: en el sentido de que Ignacio dirige su oración a la trinidad entera; a cada una de las personas; a la unidad divina, para que le ratifiquen con su presencia la elección o el objeto de su discernimiento. Pero, ante todo, es trinitaria por su forma: en el sentido de que Ignacio, puesto «con el Hijo» [De 67], bajo la acción del Espíritu [De 14], se dirige «al Padre» [De 63].

El *Diario* comienza con el lugar fundamental de la experiencia y oración trinitaria de Ignacio: «En la misa» [De 1]. La misa para la espiritualidad de Ignacio tiene una importancia capital⁹. En la *Autobiografía* se afirma que esperó un año desde que se ordenó para celebrar la primera misa. Quería hacerlo en el mismo lugar donde Jesús nació y vivió, donde celebró su última cena. Esta dilación es la expresión de la importancia que tiene para él esta acción sacramental, ya que en ella Ignacio sabe que actúa en «representación de Cristo». Él quería que esa repre-

La devoción y oración de Ignacio es trinitaria siguiendo la estructura y el dinamismo fundamental de la plegaria eucarística que se dirige al Padre por Cristo en el Espíritu.

⁸ Cf. S. THÍO DE POL, *La intimidad del peregrino. Diario espiritual de San Ignacio de Loyola*, Santander 1990; ID., «La experiencia de Dios en los Ejercicios y en el Diario Espiritual de San Ignacio»: *Manresa* 61 (1989) 343-354; ID., «Diario Espiritual», en *DEI* 1, 592-596; M. RUIZ JURADO, «Introducción de los PP. Iparraguirre-Ruiz Jurado», en *Ignacio de Loyola, Obras completas*, Madrid 2013, 271-289; ID., «La oración de San Ignacio en su Diario Espiritual»: *Manresa* 84 (2012) 63-77.

⁹ Cf. A. SUQUÍA GOICOECHEA, *La santa Misa en la espiritualidad de San Ignacio de Loyola*, s.e. Vitoria, Vitoria 1989; P. SCHIAVONE, *La Santissima Trinità negli Esercizi Spirituali*, Ap. d. P., Roma 2000, 231: «Ignacio celebraba la eucaristía según el rito romano y a la vez “entonaba el Pater, aunque fue en la capilla, con voz elevada, como si se encontrase en la Iglesia” (*Fontes narrativi* I, 643)».

sentación sacramental dada por la ordenación pudiera ser acompañada lo más posible por su experiencia personal. «Había determinado, después de que fuese sacerdote, estar un año sin decir misa, preparándose y rogando a la Virgen que le quisiese poner con su Hijo» [Au 96]¹⁰. Encontrar el «lugar del Hijo», como fue la experiencia de *La Storta*, estar junto con el Hijo, es lo realmente decisivo para la oración, devoción y espiritualidad de Ignacio, ya que para él es el único lugar posible de la oración al Padre en el Espíritu. Más adelante, en las deliberaciones sobre la pobreza, en el tiempo en el que escribe el *Diario* «estuvo cuarenta días diciendo misa cada día» [Au 101], haciendo de esta oración litúrgica el entramado de su oración y su discernimiento.

3. Oración «al Padre» [De 6]

El Padre es ante todo el destinatario de la oración cristiana. Así sucede especialmente en la plegaria eucarística: de él viene todo, como origen primero y radical del don de la vida de su Hijo y la comunión del Espíritu; por eso, a él se dirige la oración en acción de gracias (eucaristía) por el don de la vida de su Hijo (sacrificio) y la comunicación de su Espíritu (comunión). Las referencias en el *Diario* a este destino de la oración son abrumadoras: «Interpelar al Padre» [De 4]; «rogar al Padre» [De 6]; «presentar al Padre» [De 8]; «acceso al Padre» [De 27]; «al nombrar al Padre eterno» [De 27]; «descubría del Padre y me atraía a sus misericordias» [De 32]; «grandísima fiducia en el Padre» [De 32]; «tirándome al Padre» [De 33]; «ofreciendo al Padre»; «dando gracias a su divina Majestad» [De 43].

Intimidad y familiaridad con Dios

Interpelar, rogar, presentar, acceder, ofrecer, dar gracias, confiarse, son los verbos fundamentales que nos dan el cariz de la oración de Ignacio al dirigirse a Dios. Destaca la confianza ante él, sin rasgo de temor ni miedo ante «su divina Majestad». Sin perder de vista la trascendencia y divinidad de Dios, del Padre eterno, consciente de la diferencia y alteridad entre la criatura y el creador, prevalece la experien-

¹⁰ Francisco Ramírez interpreta esta expresión en analogía con el ritual caballeresco de la “vela de armas”. La decisión de Ignacio de prepararse bien para la nueva misión es como “una vela de armas transformada en experiencia espiritual”. Cf. F. RAMÍREZ, «Lecturas de Ignacio convaliente», en *XVIII Jornadas de teología: V Centenario de la conversión de San Ignacio*.

cia de intimidad y familiaridad. Así escribe Ignacio de forma muy gráfica, «tirarse al Padre» [De 43], ya que lo que le atrae de él es su misericordia [De 32].

Este diálogo orante de Ignacio con Dios Padre nos revela también una importante afirmación sobre Dios. Él no es pura voluntad a la que Ignacio deba someterse de una forma irracional. Dios es el ser personal que escucha, acoge, recibe por lo que uno puede volverse hacia a él para rogarle, para interpelarlo, para agradecerle, para confiarse. Ignacio busca ajustar su vida, y la de la Compañía por él fundada, a la voluntad de Dios en un proceso interno de discernimiento, donde él no queda fuera como un mero espectador, sino que participa con toda su realidad creatural, especialmente, con su esencial dimensión racional y emocional. Día a día, paso a paso, se dirige a Dios Padre para experimentar si lo que viene a su mente como luz o a su voluntad como moción es realmente lo querido por la voluntad divina. Este volverse al Padre, «con mucha facilidad de acceso al Padre en nombrarle como la misa le nombra» [De 27], entre la confirmación de la elección realizada y el agradecimiento, es el hilo rojo de la oración de Ignacio. Si bien podemos tener la sensación de que en ella, junto con el proceso de discernimiento, hay una cierta «obsesión» de que su elección sea ratificada por cada una de las personas divinas, y por toda la Trinidad [De 47, 53], esta necesidad hay que entenderla más bien como ese deseo de cumplir la voluntad de un Dios, que no es un ser aislado y solitario, sino que es misterio de comunión y amor interpersonal, que Ignacio es capaz de ver y figurarse al caminar por la ciudad y ver «tres criaturas racionales o tres animales u otras tres cosas» [De 54].

El misterio de Dios coincide con el misterio de la paternidad divina en el sentido que es el Padre el origen y fuente de las otras personas divinas y lugar donde se recapitula la Trinidad.

Devoción al misterio de comunión en el amor

La orientación teocéntrica de la oración de Ignacio no minusvalora a las otras personas divinas. En verdad, el Padre recapitula la esencia de Dios, pues cuando afirma que siente devoción a esta esencia divina, inmediatamente nombre al Padre: «La devoción a la esencia y conseqüenter al Padre» [De 143]. No hay nada en Dios que vaya más allá de su ser personal. Nadie puede orar, ni danzar, ante un dios comprendido como razón universal, motor inmóvil, pensamiento del pensamiento,

energía vital. Pero sí ante el Dios que es «Padre de tal Hijo» [De 72], es decir, un Dios que es relación personal constitutiva en alteridad (Hijo) y comunión de amor (Espíritu).

Ignacio alcanza la «inteligencia espiritual» del misterio de la Trinidad y del misterio del Padre, donde están esencialmente las otras dos personas divinas. El misterio de Dios coincide con el misterio de la paternidad divina en el sentido que es el Padre el origen y fuente de las otras personas divinas y lugar donde se recapitula la Trinidad. El Padre implica a toda la Trinidad, «y en las oraciones al Padre no podía adaptarme ni sentía querer hallar devoción, si no fuese algunas pocas veces en cuanto se me representaban las otras personas en él, de modo que mediate vel inmediate todo se convertía en la santísima Trinidad» [De 102]. En una unidad tal, que cuando ve a cada una de las personas divinas, le lleva a amar a toda ella: «en hablar al Padre en ver que era una persona de la Santísima Trinidad, me afectaba a amar a toda ella, cuanto más que las otras personas eran en ella esencialmente, otro tanto sentía en la oración del Hijo; otro tanto en la del Espíritu» [De 63]. Esta presencia o inhabitación de las dos personas divinas en el Padre es una inteligencia y visión intelectual que aflora con bastante frecuencia en la vida de Ignacio según anota en el *Diario*: en la contemplación de la gloria celestial «veía la patria celestial o a su Señor, recibiendo una especie de inteligencia de las Tres personas divinas, y de cómo estaban en el Padre la segunda y la tercera persona» [De 89]; o en la oración después de la misa, lleno de confianza y amor: «No he sentido ningún temor y he cogido cierta confianza y amor a la santísima Trinidad. Cuando he querido encomendarme a ella como a personas distintas, no he hallado devoción; en cambio he sentido alguna cosa al encomendarme al Padre, como si las demás personas estuviesen en él» [De 95].

«Mi amor al ser de la santísima Trinidad»

Esta inhabitación de las personas divinas en el Padre le prepara para recibir la «claridad lúcida» de la unidad esencial de Dios, identificada con el amor [De 99], que más adelante en la celebración misma de la eucaristía, al pronunciar el *Te igitur*, verá en forma de figura esférica: «Al *Te igitur* he sentido y visto, no obscuramente sino que muy luminosamente, el mismo ser o esencia divina en figura esférica, un poco mayor de lo que aparenta el sol. De esta esencia parecía salir o derivar el Padre, de modo que al decir: “*Te, id est, Pater*”, antes que el Padre se me representaba la esencia divina. Esta representación y visión del ser de la santísima Trinidad sin

distinción y sin visión de las otras personas me ha causado una intensa devoción... y crecía con gran fuerza mi amor al ser de la santísima Trinidad, aunque no veía ni distinguía las personas, sino el salir o derivar del Padre» [De 121].

Ignacio alcanza la visión plena del misterio de Dios en su trinidad y unidad co-originales que ratifica finalmente su elección. Una visión que se le da gratuitamente, pues Ignacio es consciente de que él no la provoca, sino que es Dios quien se deja ver en una trinidad de personas y en su unidad de esencia como realidades co-determinantes de su misterio: «en la oración ante el altar, de nuevo se dejó ver el mismo ser y visión esférica <me parecía>, y veía de algún modo las tres personas igual que vi antes a la primera, es decir, que el Padre por una parte, el Hijo por otra, y el Espíritu Santo por otra, salían y derivaban de la esencia divina sin salir fuera de la visión esférica» [De 123]. No hay una esencia de Dios distinta de su realidad personal, la esencia o el ser que Ignacio contempla en la oración es el ser de la santísima Trinidad, es decir, la unidad esencial que forma la comunión recíproca de las personas divinas en el amor.

4. Oración y vida «con el Hijo» [De 67]

En el número 67 del *Diario* Ignacio anota: «El Padre me puso con el Hijo». La expresión recuerda enormemente la visión de *La Storta* por lo que podemos decir que esta vinculación a la persona del Hijo en su oración al Padre se trata de una experiencia habitual de Ignacio o al menos de una percepción fundamental en su itinerario espiritual. En estos términos se expresa la *Autobiografía*, señalando de manera significativa que Ignacio estaba haciendo oración: «Y haciendo oración, sintió tal mutación en su alma y vio tan claramente que Dios le ponía con Cristo, su Hijo, que no tendría ánimo para dudar de esto, sino que Dios Padre le ponía con su Hijo» [Au 96]. Encontrar el correlato existencial de la vida sacramental es el objetivo de la vida espiritual.

Lugar existencial de la oración

Si el Padre es fundamentalmente el destinatario de la oración, a quien habitualmente se dirige Ignacio, siguiendo la estructura fundamental de la oración eucarística, el Hijo es el *lugar* de esa oración. No el lugar físico, ni histórico, sino que podríamos decir que el lugar existencial de la oración, es decir, desde dónde Ignacio se dirige al Padre, incluso donde el Padre mismo lo coloca junto a su Hijo. Por esta razón, cuando Ignacio se

dirige en oración al Padre, lo hace con y desde el Hijo: «En las oraciones al Padre, me parecía que Jesús mismo me las presentaba, o que acompañaba las que yo decía, delante del Padre, con una sensación o visión que no se puede expresar fácilmente» [De 77]. La oración cristiana es filial; es la oración de los hijos, no de los siervos o de quienes viven atemorizados ante Dios. Ignacio expresa a través de todo el *Diario* una confianza y atrevimiento inauditos, propio de los hijos ante sus padres, que nace de su comunión con Jesucristo, que siente y vive de manera intensa: «sentir a Jesús haciendo el mismo oficio, en el pensar de orar al Padre, pareciéndome y sintiendo dentro que él hacía todo delante del Padre y de la santísima Trinidad» [De 84].

En Ignacio no hay divergencia entre una devoción jesuánica y una devoción trinitaria. La oración de Ignacio, en realidad, la oración cristiana, es trinitaria porque es cristocéntrica, y podemos decir que es cristocéntrica porque es trinitaria¹¹. A una mayor relación con Jesús, mayor es la corriente de la gracia trinitaria en él: «En algunos momentos sentía lo mismo en relación a Jesús, como si estuviese a su sombra, como si fuera mi guía; pero esto no me disminuía la gracia de la santísima Trinidad, antes bien parecía que me unía más a su divina Majestad» [De 101]. No hay distancia entre Jesús y la Trinidad, pues es Jesús la puerta para entrar en el misterio trinitario y orar así ante el Padre, así como la Trinidad es el misterio último desde el que comprendemos en radicalidad a Jesús, no solo en su humanidad, sino en su divinidad, por lo que podemos decir que él es «todo mi Dios» [De 87]. Solo desde esta radicación de Jesús en el misterio trinitario podemos entender en verdad su acción mediadora: «Y entrando en la capilla, puesto en oración, he sentido o más exactamente he visto, más allá de las fuerzas naturales, a la santísima Trinidad y a Jesús, que me presentaba o me ponía, o que me era mediador cabe la santísima Trinidad, para que aquella visión intelectual se me comunicase» [De 83].

5. Discernimiento y «coloquendo con el Espíritu Santo» [De 14]

El lunes 11 de febrero Ignacio celebra la misa votiva del Espíritu Santo. En los números 14-18 anota las visiones y mociones que experimenta «mientras dialogaba con el Espíritu Santo para decir su misa» [De 14]. Este diálogo se convierte en imagen o visión: «Me parecía verle o

¹¹ Cf. G. URÍBARRI, «“Siguiéndoos, mi Señor, yo no me podré perder” [De 114]. Líneas maestras de la cristología ignaciana», en ID., *Dogmática ignaciana*, 133-175; esp. 138-140.

sentirle en forma de una claridad densa o de un color de llama ígnea» [De 14]. Las imágenes que usa Ignacio para describir la visión del Espíritu recuerdan en realidad a las «llamas de fuego» con las que describe el evangelista Lucas la llegada del Espíritu a los apóstoles en la fiesta de Pentecostés (Hch 2,3). Ya vimos que esta es precisamente la imagen que ilustra el Libro de Horas de Simón Vostre y la referencia fundamental de la oración al Espíritu. La oración es diálogo con Dios y este se expresa también en el diálogo que Ignacio establece con el Espíritu Santo. Dialogar con el Espíritu en el ámbito de la oración es la expresión de que Ignacio siente una cercanía y familiaridad con la tercera persona de la Trinidad. Él siente cercano y presente al Espíritu, aun cuando no lo mencione o se refiera directamente a él.

Hay que tener en cuenta que el Espíritu no es voluntad que hay que cumplir y realizar en obediencia, como tantas veces expresamos en la oración al Padre; tampoco es palabra que hay que acoger o camino que hay que seguir con fidelidad como aparece en primer lugar cuando nos remitimos al Hijo. Él es luz «para discurrir y discernir» la voluntad de Dios aquí ahora; y es fuego para tener la fuerza y ánimo para una vez confirmada la elección llevarla a cabo¹². De este modo, podemos afirmar que el Espíritu no tiene un protagonismo objetual en la oración, haciendo de él destinatario concreto, objetivo, categorial de nuestra súplica o acción de gracias, sino más bien un protagonismo en el orden inobjetivo, trascendental, siendo el ámbito en el que todo acontece, sin que aparezca de una forma determinada. Precisamente la imagen de la luz quiere expresar esta capacidad que tiene para hacer ver, sin ser objeto de visión directamente, como actúa la luz para que sean vistos los objetos. En él y desde él podemos sondear las profundidades del Padre (cfr. 1Cor 2,10), reconocemos a Cristo como Señor (1Cor 12,3), discernimos la voluntad de Dios para nosotros, pero él casi siempre pasa desapercibido.

Cuando la liturgia eucarística se refiere al Espíritu es ante todo para que sea enviado por el Padre sobre los dones presentados o sobre los fieles reunidos y así, pasen ambos, a ser cuerpo de Cristo (epiclesis). No olvidemos que las oraciones de la eucaristía apropiadas y personalizadas por Ignacio constituyen la gramática fundamental de su oración expresada en el *Diario*. Así, desde esta misma lógica, en el número 15 del *Diario* Ignacio anota que «hice oración a nuestra Señora, después al Hijo y al Padre para que me diese su Espíritu para discurrir y discernir». Poco

¹² B. DAELEMANS, «“Unción del Espíritu Santo” [Co 414]. En el cruce de voluntades: pneumatología ignaciana», en G. URÍBARRI (ed.), *Dogmática ignaciana*, 205-240; esp. 218-220.

a poco, siguiendo la escala de los mediadores que han tenido una relación especial con el Espíritu como María, que concibió por obra del Espíritu Santo, y el Hijo, que siendo conducido por el Espíritu se convertirá en el dador de ese mismo Espíritu, termina orando al Padre para que le envíe su Espíritu. Ignacio sabe que es el Padre junto con el Hijo quien envía al Espíritu, tal como se revela en el Nuevo Testamento y ha formulado después la tradición cristiana. El Espíritu es don del Padre y del Hijo enviado a los creyentes para que puedan hacer la oración de los hijos exclamando en su interior *Abba*. Para que así, desde esta familiaridad e intimidad, el orante pueda discurrir y discernir la voluntad del Padre, siendo fieles discípulos de su Hijo.

La devoción trinitaria de Ignacio se alimenta de la oración a través de los populares Libros de Horas y de la celebración de la eucaristía. Lejos de ser una devoción puramente heredada y extrínseca a su vida espiritual, le dejó una impresión fundamental en toda su vida, convirtiéndose así en el corazón de su experiencia mística, de su camino apostólico y del ejercicio del discernimiento.